



HUELLAS

TERRAZA - MARTIN REYNA - 2011

Seguir cantando siempre al sol

Lorena Buchner

106

Una propuesta que no podrás rechazar. Es eso una invitación a escribir si viene de mis entrañables amigos del Centro Uno, aquel lugar en el que di mis primeros pasos en esta aventura vertiginosa que es la clínica en institución. Primer encuentro con ese real que ha tomado para mí la forma de un incendio garrafal de toda biblioteca posible en la que pretender erigir un saber hacer de antemano. Fue el sitio, entonces, en el que descubrí que ese tipo de saber solo se construye en acto, en pequeños grandes actos, cada vez, y jamás de una vez y para siempre. Y que la episteme sólo se justifica a la luz de una práctica. Que la generalidad de la teoría se vuelve banal si no se articula a la singularidad del caso. Y que, sobre el caso, quien nos enseña primero es el paciente, con sus impases, con sus tentativas de responder a ellos.

Lanzarse a la clínica por la vía de la psicosis (tal como lo hizo Lacan, por otra parte) es la experiencia que nos sumerge de lleno en la más imposible comprensión, esa con la que el analista nunca debería tentarse, pero que el psicótico la impone de un modo irrefutable. Imposible identificarse a la grandiosidad del delirio, al cuerpo que se despedaza a cada instante, a la extranjería con la que puede vivenciarse el lenguaje, cuando la neurosis que nos habita se regocija más bien de la ordinaria solidez de su fantasma, de la ilusión de tener un cuerpo, de la quimera de morar el lenguaje que se habla y en el que creemos entendernos armoniosamente con el otro. La psicosis nos enseña sobre algo que es el estado más primario de todo sujeto, antes de embrollarse en sus trampas con el otro. Es así como entiendo la generalización de la forclusión que propone Lacan hacia el final de su enseñanza, esa enfermedad sin curación alguna que nos inyecta el virus del lenguaje, a todos, sin excepción. La paradoja es que el psicoanálisis venga a proponernos curarnos de esta enfermedad de la palabra *vía la palabra*. Mas no sin una advertencia que la distancia de toda otra práctica: *hay algo de lo que nunca podrás curarte. Hay algo con lo que indefectiblemente tendrás que vivir, y lo mejor que puedes hacer, es encontrar la buena manera de arreglártelas con eso*.

Mientras el neurótico puede, si gusta, dormir muy tranquilo en los laureles del discurso común, el psicótico viene a contarnos los esfuerzos desco-

mensurados que realiza por inscribirse en el mundo bajo otra lógica que la del lenguaje corriente, del que se ha quedado radicalmente afuera. Y eso exige forzosamente una invención. El psicoanalista puede entonces volverse partenaire de la invención del sujeto, de sus tentativas por habitar el mundo, advertido de los límites que esas aventuras encuentran cada vez. Y eso porque, si no desconoce lo insuprimible del sufrimiento, tampoco desconoce lo imposible.

Creo que *la cigarra* se inscribe exactamente en este punto de un modo crucial. Porque *la cigarra* misma se soporta en la invención permanente. No es solo el desafío de inventarse cada vez como analista frente a un sujeto que se presenta excluido del lenguaje de un modo radical, sino es también la apuesta de inventar dispositivos colectivos a la medida de la singularidad de cada participante. No se trata del reforzamiento imaginario de la lógica del grupo, ni de pretensión alguna de normalización, sino de la intervención “a medida” que permita a ese niño sintomatizar su malestar en el lazo con otros. Es la apuesta por alojar la diferencia absoluta en la que él podría inscribirse en el mundo como sujeto, como el sujeto de pleno derecho que suponemos en él.

Para mi, que he sido parte de *la cigarra* de un modo que solo podría calificar de *éxtimo*, lo que me ha enseñado, las huellas que conservo conmigo y a las que me aferro, atañen al valor de esa apuesta. Algo que solo me atrevo a enunciar así: *saber hacer con lo que hay*. Una suerte de elogio de *lo que hay*, de las piezas sueltas con las que se vio confrontado cada sujeto al aterrizar en el mundo de la palabra. Piezas sueltas con las que naufragar en ella. Piezas sueltas que podrían dejarlo hundirse bajo el peso de significantes mortíferos también. *Saber hacer con lo que hay*, del modo en que lo entiendo, es entonces una apuesta por la vida, por lo que vuelve para cada quien vivible su propia vida.

Saber hacer con lo que hay, del lado los analistas que se hacen cada vez partenaires de esos sujetos, se traduce también como saber hacer con lo que hay de un deseo. Del deseo que habita e interroga a cada quien y que pone en juego en su práctica clínica. Y, en eso, *la cigarra* es una maquina de empujar deseos, de contagiar deseos, de acompañar deseos. La suerte que acompaña al mío es la de haber *can-*

tado al sol, como – y con – la cigarra. Con la fuerza de nuestros deseos, seguimos cantando, amigos míos, en cualquier rincón del mundo.

lorebuchner@gmail.com



La transmisión en la cigarra

**Romina Recalde,
Julia Stepanenko &
María Luz Zaffino**

110

A lo largo del presente trabajo compartiremos ciertas preguntas e ideas que nos dejó nuestro corto recorrido por *la cigarra*, así como nuestros primeros acercamientos con la clínica del autismo y la psicosis en la infancia enmarcada en el dispositivo que propone la institución, intentando traslucir ciertas particularidades de la misma.

Nuestra rotación por la institución se realiza en el primer año de residencia de Psicología del PRIM Moreno, cuya temática es la clínica con niños y adolescentes. Previamente a comenzarla, nos encontrábamos expectantes e imaginando cómo sería este lugar y qué funciones ejerceríamos. Le pedimos a nuestros compañeros que nos cuenten sobre su experiencia pero ellos optaron por apenas contestar, mencionando alguna que otra anécdota, refiriendo que era mejor que nos sorprendieramos. Esto nos generaba una sensación de ansiedad, queríamos que nos *digan algo* pero no había manera de extraer información alguna. El ingreso a *la cigarra* fue algo caótico, no encontrábamos el lugar dentro de la institución donde estaría un tal Gustavo Slatopolsky, una trabajadora nos pedía papeles que no sabíamos que teníamos que llevar y terminamos sentadas escuchando un seminario sobre la transferencia perteneciente al Centro 1. Cuando logramos ingresar a la primera reunión de *la cigarra* saludamos a los allí presentes, quienes nos devolvieron el saludo y continuaron dialogando. Este efecto de sorpresa e incertidumbre se redobló al asistir por primera vez a los talleres. Nos introdujimos en un mundo nuevo, totalmente desconocido, en el que empezamos a percibir maneras insólitas de intervenir y conocer a personas con ciertas presentaciones inéditas para nosotras. Ante esto lo único que pensábamos era si en cada intervención que realizábamos estábamos *metiendo la pata*, si decíamos algo que no correspondía.

En *la cigarra*, el protagonismo está lejos de ser de los rotantes, los concurrentes, los analistas aunque desde un principio se siente la apertura y el alojamiento. Existe desinterés en si somos de 1er o 4to año, concurrentes, residentes, o pasantes, y esto creemos que ocurre por la experiencia de oportunidad que brinda *la cigarra*. Oportunidad de aprendizaje, de acercamiento a la clínica, a una institución sin estructura jerárquica cerrada ni hermética. Oportunidad que supone una confianza

que tiñe el cotidiano del clima de trabajo en la institución.

En un principio, para nosotras rotantes, no hay diagnósticos, no hay historias clínicas, no hay una descripción de cada sujeto que concurre a la institución. Esto, claramente por un lado nos generó una suerte de incomodidad a la hora de pensar qué sucedía allí. A lo largo de nuestro recorrido, nos acercamos a cierto conocimiento de la posición de los sujetos frente al goce, a tener un atisbo de idea de por dónde intervenir, cómo actuar respecto de dichos sujetos. Esto no fue brindado por un diagnóstico dado, por un papel escrito, por una charla previa a comenzar en el dispositivo. *La cigarra* es eso, la trasmisión en acto.

Fuimos entendiendo que el diagnóstico que brinda comodidad, que guía, que organiza la desesperación, que intenta nombrar un real, también es el diagnóstico que obtura la escucha y el acto, que sesga, que rotula. Igualmente, *la cigarra* deja, en cierto momento, entrever un diagnóstico que no es más que un aviso de por dónde no ir, de qué tener en cuenta y de cómo poder pensar el dispositivo clínico de talleres en pos de los sujetos que concurren a la institución.

Miller nos recuerda en su texto “La era del hombre de cantidad” [1], que el sujeto no es una categoría, que es inclasificable, incomparable y que esa resulta ser la promesa del psicoanálisis. Promesa que implica una valorización del sujeto. ¿Que más que dicha promesa para entender la incomodidad que nos generó nuestro primer encuentro con *la cigarra*?

Nuestro ingreso a *la cigarra* nos remite a una referencia de Lacan al maestro Zen: “el maestro interrumpe el silencio con cualquier cosa, un sarcasmo, una patada” (Laurent, 1999, p.17). Al comenzar a habitar *la cigarra* empieza a romperse el silencio producido por el conformismo y la homogeneidad universitaria. Empieza, en nosotras, a tambalear la conformidad introducida por los intereses del significante amo y por la comodidad de la oreja.

Con el transcurso de los días fuimos entendiendo un poco la lógica de *la cigarra*. Notamos que muchos

niños y adolescentes llegaban expulsados de otras instituciones, pero acá se les brinda un espacio en el que se lee lo que aparece complicado en la relación con el otro y a partir de allí se interviene para llevar adelante un trabajo, para *descomplicar* al sujeto, “no se trata de salir del autismo sino de la fijeza del mundo en la que viven para poder acceder a una vida social. No se cura el autismo, sino que se desplaza el funcionamiento subjetivo singular para lograr una inserción en el mundo” (Tendlarz, 2016, p. 121).

A diferencia del funcionamiento de un Hospital de día tradicional, con el que esperábamos encontrarnos, en el que todos sus miembros deben adaptarse a un cronograma y responder a actividades uniformes con una misma finalidad, *la cigarra* se adapta a cada uno; se los invita a participar considerando sus singularidades.

Se presenta así, como un dispositivo clínico, un aparato que hace un lugar a los sujetos, que instaura determinados lazos y busca acotar el goce; pero uno de los puntos en cuestión es si se basa en la denominada “práctica entre varios”. Ésta es una práctica sostenida en la intercambiabilidad del partenaire analista como necesidad de la clínica y por otro lado por la inclusión de operadores que no responden a jerarquías. Sin embargo, estas no son las características principales de *la cigarra*. El paso de los niños o adolescentes por los talleres es luego de comenzar un análisis, el cual no es reemplazado por el taller, es decir que por el contrario a la práctica entre varios, el analista no es intercambiable, incluso a veces participa de los talleres junto con el paciente. El armado de talleres surge como una apuesta clínica, no para *normalizar* ni buscando que los niños o adolescentes se *adaptan* sino que se busca hacer de cada espacio, un espacio de transferencia tanto con el analista, con el coordinador del taller y con los otros. Este armado se piensa a partir del deseo de un coordinador en la invención de tal artefacto, y también es ese deseo el que lo sostendrá y mantendrá en el tiempo. El coordinador se ubica más cercano al lugar de un analista, que al de un operador.

En el intento de tratar lo real en la clínica, las intervenciones son en acto: los talleres se ubican como una escena orientada por una consigna, con

un coordinador y una serie de participantes que constituyen y construyen un entramado ficcional, que si bien siempre es elaborado y planificado en función de las particularidades de uno de los sujetos, cada niño puede servirse de ella a su modo. Se persigue el acotamiento y localización del goce que excede a los sujetos, haciendo uso del objeto autista o un interés específico, y un instrumento que tironea de eso, que lo invita a tomar una posición menos limitante. Se respeta el consentimiento a ceder el goce y las soluciones de cada niño, “esas invenciones le permiten al niño una interacción que hace que el Otro se vuelva menos intrusivo y experimente menos angustia”. (Tendlarz, 2016, p. 159)

Así es como entre sombras, disfraces y preguntas tales como *¿Se dice o queda en secreto?*, *¿Música o silencio?* *¿El personaje del que te disfrazaste ayuda a la gente?* Y de comentarios como *qué lindas tenés las uñas*, *Su nombre es...* *¿Cómo es tu nombre?*, surgen efectos singulares, incalculables. Que aparezcan pequeños grandes detalles, lo imprevisto, dan cuenta de la eficacia del dispositivo, tanto en ellos como en nosotras, convirtiendo a cada apuesta en una travesía imprevisible, irrepetible.

Nos sorprendió también que en las reuniones de equipo que presenciamos, se trataron temas de la coyuntura política actual como la CUS, la desaparición forzada de Santiago Maldonado, la reforma laboral, así como diversos temas que atraviesan la realidad institucional y modifican nuestra práctica. A lo largo de nuestro recorrido, percibimos que es una característica del espacio debatir sobre estos temas y articularlos con la teoría psicoanalítica. Consideramos de suma importancia el ponerle nombre al malestar de la época, malestar que atraviesa nuestra clínica y que no debemos dejar por fuera de nuestra práctica. Bien dijo Lacan que es “mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (Lacan, 2013, p. 309.). Así, lejos de ocupar un lugar extraterritorial, como analistas nos guía la ética de saber atrapar los efectos de la subjetividad de la época y estar a la altura de ellos. Resulta necesario entonces, no olvidar que la clínica y la civilización no son compartimentos estancos sino que una modifica a la otra.

Nuestro paso por *la cigarra* dio lugar a nuevas enseñanzas y también a nuevas preguntas. El dispositivo tiene como objetivo principal el tratamiento a personas con autismo y psicosis en la infancia, sin embargo se abre espacio a la enseñanza y la transmisión, por tanto, ¿cómo pensar estas últimas en *la cigarra*? Cuando hablamos de enseñanza en la orientación lacaniana, es necesario diferenciar dos registros distintos. Por un lado, la transmisión de la disciplina precisa del saber del psicoanalista y, por el otro, la transmisión de la manera en que hay que leer el inconciente: no como cosa muerta, no como una significación ya establecida. Ambos registros forman parte de la enseñanza en *la cigarra*, el primero en las reuniones y seminarios, mientras que al segundo se le suman, además, los talleres, enseñanza de los saberes de manera viva.

Tal como lo plantea Eric Laurent, el psicoanalista no tiene como vocación enseñar, aún cuando lo haga, ya que su formación no está centrada en la enseñanza sino que se forma para practicar el psicoanálisis. Los analistas no son enseñantes de formación aunque algunos pueden funcionar como tales, los cuales no dejan de ser analistas. Es con estos analistas con quienes nos encontramos en *la cigarra*, gracias a sus enseñanzas ampliaron nuestro saber sobre el psicoanálisis tanto a nivel teórico como práctico. Como dice Laurent “cuando el psicoanalista trata de enseñar lo que el psicoanálisis le enseña, altera los modos admitidos de enseñar, tanto en las agrupaciones de saberes como en la manera en que lo hace” (Laurent, 1999, p.16) en *la cigarra* renunciamos a la certidumbre de aliviarnos de la angustia de pensar con la ciencia. “Hay que examinar con el psicoanálisis o con psicoanalistas los resultados producidos por un psicoanálisis” (Laurent, 1999. p.17).

Para finalizar:

Llegamos expectantes, necesitadas de alguna explicación, guía, capitón de ansiedad. Día a día nos fuimos acercando a lo que constituye una particularidad del dispositivo y descubrimos que no tenía más que ver que con la promesa del psicoanálisis: la institución del sujeto. Institución que va más allá de un diagnóstico, de una categorización o de una única manera de hacer con eso.

Comenzamos a participar, gradualmente, desde una nueva posición habilitada por la lógica del dispositivo y la actitud de sus integrantes hacia nosotras: nos permitimos intervenir como analistas y construir una nueva relación tanto con el saber cómo con el no saber, ya que como lo plantea Eric Laurent, podemos ser contemporáneos, eficaces y empujar a una no conformidad, no solamente repetir lo bien sabido, sino dirigirse cada vez al punto candente de no saber.

“Mantener el deseo despierto, con formas de lo actual, lo contemporáneo; comentar lo que no está muerto, lo que no se sabe; inventar formas” (Laurent, 1999. Pág.26).

Notas

[1] Miller, J. A. *La era del hombre de cantidad*. En: Todo el mundo es loco. Buenos Aires; Paidós; 2015.

Bibliografía

- Álvarez, P. y Tendlarz, S.[2013] ¿Qué es el autismo?, Colección Diva, Buenos Aires, 2013.
- Bassols, Miquel [2015] *El psicoanálisis y la subjetividad de la época*. Consultado en: <http://miquelbassols.blogspot.com.ar/2015/02/el-psicoanalisis-y-la-subjetividad-de.html>
- Lacan J. [2013] Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En: Escritos I. Buenos Aires; Siglo XXI; 2013.
- Laurent, E.[1999] ¿Cómo se enseña la clínica?, 1999, Rolta, Buenos Aires.
- Miller, J.A. [2015] La era del hombre de cantidad. En: Todo el mundo es loco. Buenos Aires; Paidós; 2015.
- Tendlarz, S.E [2016] Clínica del autismo y la psicosis en la infancia. Buenos Aires; Colección Diva; 2016.
- “Dispositivos Clínicos. Autismo y Psicosis” [2014]. Entreunos. Consultado en: https://issuu.com/entreunos/docs/revista_entreunos